

Mitos, poesía y delirio

CARMEN VILORO*

¿Quién puede trazar la línea en el arcoíris donde el tinte del violeta termina y el del anaranjado empieza? Distinguimos la diferencia entre los colores, pero exactamente ¿dónde comienzan a mezclarse uno con el otro?

HERMAN MELLVILLE (*Billy Budd, marinero*)

¿Qué papel tienen los mitos en nuestra sociedad contemporánea? ¿Son sólo creencias y relatos de nuestros antepasados? ¿Una curiosidad antropológica? Sigmund Freud acudió a dos mitos de la cultura griega antigua para explicar la forma en que los seres humanos establecemos una relación con los demás y con nosotros mismos: el mito de Edipo y el mito de Narciso se alzan como paradigmas de nuestro acontecer psíquico y sus derroteros. Es sabido que en la mitología griega los personajes, dioses y semidioses, representan las pasiones humanas, y es cierto que en sus historias y aventuras hemos querido leer las luchas trágicas que se dan en los rincones de la mente, en la niebla de los sueños y en los socavones oscuros de la locura. Estas analogías han sido de gran utilidad para filósofos, psicoanalistas y escritores. ¿Y los mitos latinoamericanos? Esos que, a decir del historiador Alfredo López Austin: “Son residuos de la mitología de una milenaria tradición de cultivadores de maíz (...). Son frutos de una cotidianidad; son brotes de las milpas”. ¿Podemos usarlos? ¿Nos sirven para la comprensión del hombre de todos los tiempos, o sólo para el estudio de sus sociedades y sus tradiciones? ¿Qué lugar debemos darle a la mitología prehispánica de nuestro continente? ¿Es sólo pensamiento mágico superado por el pensamiento racional, tan apreciado durante el siglo XX?

Soy una habitante del siglo XXI. El desarrollo de la medicina me permite tener una expectativa de vida a largo plazo. Soy una persona (hombre, mujer, niño, anciana) contemporánea que cuenta con múltiples aplicaciones en su teléfono móvil: juegos, libros, escaparates, dietas, diagnósticos del volumen de grasa corporal, del clima y las finanzas. Vivo en una urbe que representa el

*Carmen Villoro
Psicoanalista titular
en función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara.

carmenvilloro@yahoo.com.mx



triumfo civilizatorio de los siglos XIX y XX, la imposición de la industria y la tecnología sobre la incómoda naturaleza. Me desplazo a ritmo acelerado en vehículos eficientes que me permiten ignorar a mis conciudadanos. Viajo en aviones confortables, trabajo en edificios inteligentes, duermo en colchones ortopédicos, fumo cigarros electrónicos. Soy moderna, libre-pensadora, diversa, sofisticada, competente. He aplicado el lenguaje de la economía neoliberal a mi vida privada, así que tengo insumos, recursos, desarrollo estrategias, elaboro productos, capitalizo experiencias, me ahorro problemas. Soy esa mujer medianamente informada (freudiana, marxista, feminista y darwiniana), ese hombre culto, ese niño que creció con juguetes educativos, esa abuela que viste a la moda.

Lo tengo todo, pero vivo la vida con un sentimiento de extrañeza. Un hueco doloroso me acompaña y llega a convertirse, en ocasiones, en un terrible sinsentido. Busco acallararlo con estupefacientes de liberación prolongada, me alimento desordenadamente, transito entre las multitudes sin hacer contacto visual con esos otros que, como yo, caminan atropelladamente. Compró lo que no necesito, hago de los supermercados capillas y de los grandes almacenes, templos. Venero marcas, etiqueto costumbres, desprecio creencias. Me cargo de violencia y la descargo de múltiples maneras: insulto, violo, denigro y atropello. Consumo cada vez más drogas, me aíso en las cuatro paredes de mi cuarto propio, ese que me costó tanto trabajo conquistar, y me consuelo con la ilusión breve de las redes sociales.

Me falta poesía. De tanta racionalidad me he vuelto peligrosamente virtuosa, engañosamente estructurada. Dice el poeta colombiano William Ospina: "Lo

más sorprendente es que todos estos males nuevos, estos dragones que se alzan de pronto para amenazar con sus garras y con sus llamas al modelo de civilización que hemos construido, nacen más de nuestro conocimiento que de nuestra ignorancia, más de nuestra fuerza que de nuestra debilidad, más de nuestra abundancia que de nuestra escasez". Me hace falta el asombro que da la incertidumbre.

Los mitos son poesía. Son mucho más que eso, desde luego. Son, para empezar, una fantástica manifestación del pensamiento humano. Son fórmulas para ordenar las preguntas de los hombres sobre sí mismos y su circunstancia. Los relatos míticos son las variantes con las que una agrupación humana va formando su tradición a través de la historia y cómo se adueña, en el sentimiento y en el pensamiento, de una imagen holística del cosmos. Los mitos son riqueza colectiva transgeneracional; se reciben como verdades antiguas. Así lo dice López Austin: "¿Fue necesario un Homero? ¿Fue necesario un Hesíodo? No. Es que los mitos son anteriores a Homeros y a Hesíodos; estos héroes fueron sólo sus aedos. Los creadores de los mitos fueron otros: los anteriores, los múltiples, los anónimos, los dialogantes".

Las comunidades necesitan de sus mitos como parte de su identidad milenaria. Hay un valor moral en los mitos porque hacen ver el mundo como un lugar sagrado y los actos de los hombres como una repetición consciente de gestos paradigmáticos: esto que yo hago vuelve a ser acto primordial. El pensamiento mítico comparte con la poesía esta forma de mirar el mundo: siempre por vez primera. Hemos visto tantas veces la elevación de la luna en el firmamento, y tantas veces la puesta del sol y, sin embargo, admiramos cada ocasión



el acontecimiento como si fuéramos el primer habitante sobre la Tierra que lo presencia; lo mismo nos sucede cuando un niño nace o cuando asistimos al crepitar del fuego; la poesía resignifica cada acción cotidiana, cada objeto, lo satura de ser, lo vuelve trascendente. Los mitos son cadenas de metáforas y abren la compuerta a la experiencia estética.

Reformulo este trabajo desde la ciudad de Cusco. Estoy en un hotel que fue convento de la orden de San Agustín, bajo cuyos cimientos corren algunas calles de los incas. La recepción, que fue la capilla principal del convento y después la cocina de una pastelería, ostenta en uno de sus muros un enorme sol formado por 76,500 cristales de Swarovski y pequeñas láminas de cobre colgantes, obra de la artista visual portuguesa Patricia Rinho. Esta pieza de arte contemporáneo rinde homenaje a la cultura inca porque el sol fue la deidad más poderosa en estas tierras. Subí a mi página de Facebook algunas fotografías: la catedral contra un cielo de nubes agitadas, el muro de una calle formada por las enormes piedras, la arquitectura inca que nunca fue abatida. Mi amigo Roger Santibañez, un poeta peruano que vive en Estados Unidos, me escribe conmovido: "Estás en la ciudad imperial". Sé que lo dice porque es peruano. También porque es poeta. "Ciudad poesía", le contesto, tocada por los relatos míticos que he estado leyendo y escuchando, y por algo especial que tienen los mitos y tiene la poesía, y que nos interesa a los psicoanalistas porque es la cualidad primordial del inconsciente: la atemporalidad. Sé que Cusco es una ciudad común del Perú, una ciudad de un millón de habitantes, una urbe colonial con problemas de tráfico y de estacionamiento. La pobreza se hace visible en cada esquina y las señoras indígenas ba-

jan de la banqueta para ceder el paso a los turistas. Y es también, al mismo tiempo, la Ciudad Imperial. Cuando me lo apunta mi amigo Roger en el Facebook, yo puedo ver con claridad esa grandeza; la puedo sentir. Es actual y está presente. No deliro, aunque tomé mucho té de coca. Estoy de otro modo en Cusco: un modo más profundo y significativo. Tengo una experiencia poética.

Los modernos habitantes de las urbes nos avergonzamos de nuestros mitos. En México, en particular, el mito de Coatlicue fue acallado por el poder dominador, pero encontró sus cauces en la adoración de Guadalupe. Los mitos de Mesoamérica son riqueza perdida, asunto de antropólogos e historiadores. Pasó con nuestros mitos lo que con nuestros templos y sus esculturas: fueron destruidos y desaparecieron bajo tierra durante varios siglos. Hace 40 años, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, los trabajadores de la Compañía de Luz se toparon con una gran piedra labrada de más de 3 metros de diámetro. Era la imagen en bajorrelieve de Coyolxauhqui, hija de Coatlicue y hermana del dios Huitzilopochtli, personaje del mito mexicana del origen de los planetas en el cielo. El arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma explica así la destrucción del templo y de sus esculturas: "[...] se rememoraba el combate ocurrido en el Coatépec entre el dios solar y sus hermanos, los Huitznahua (las innumerables estrellas del sur), comandados por Coyolxauhqui, deidad lunar. De esta manera, el principal templo azteca era el centro de la cosmovisión de un pueblo. Por lo tanto, destruirlo era imperativo para quienes pretendían imponer un nuevo orden de cosas y borrar toda traza que recordara a los recién conquistados el lugar que ocupaba el centro de su estructura universal... Y lo



consiguieron". Los mitos latinoamericanos, a diferencia de los que provienen de la Grecia antigua, hablan de las relaciones entre los elementos de la naturaleza y del vínculo de los hombres con los astros, que rigen sus creencias y sus actos. Las plantas, los animales y los alimentos son vistos como entidades sagradas a las que hay que cuidar, valorar, proteger. En las comunidades indígenas que permanecen en sus territorios de origen, en los grupos indígena-mestizos incrustados en las modernas urbes y en las pequeñas comunidades de inmigrantes que viven el exilio forzado por la miseria, los mitos siguen siendo esa cosmovisión que les otorga cohesión e identidad, una verdad tan legítima como la de cualquier cultura, y les sirve para enfrentar tanto el presente como el incierto futuro.

"Los mitos son los sueños de los pueblos", afirmó Freud, entusiasmado por su modelo de interpretación de los sueños, aplicable a todo fruto de la fantasía de los seres humanos. La lectura de los discursos humanos, desde el psicoanálisis, se hizo rica, diversa y compleja, con diferentes niveles de comprensión; aprendimos a leer lo implícito y lo contextual, lo latente. El inconsciente se instaura en la concepción del hombre como un territorio de la subjetividad sobre el que no tiene dominio, el territorio del enigma inescrutable que, sin embargo, lo hermana con los otros seres humanos de todos los tiempos y todas las culturas. Freud fue también un protagonista del pensamiento científico positivista. El psicoanálisis de Freud propuso la supremacía del principio de la realidad sobre el principio del placer; la autoridad del pensamiento lógico sobre el pensamiento mágico, y quiso, para el ser sufriente de la vida moderna, la contención y la administración de las pulsiones. "Ahí donde está el

Ello, ahí deberá estar el Yo", y proyectó en el soberbio *Moisés* de Miguel Ángel la cualidad de la medida. "La mayor de las conquistas del hombre civilizado". Debemos a la ciencia el haber liberado la enfermedad mental del ámbito de la superstición y del dominio de lo divino y de lo demoníaco. Gracias al desarrollo de la psiquiatría moderna se humanizaron los manicomios. Pero nos fuimos al extremo de pensar que todo pensamiento mítico es delirante, que toda expresión del pensamiento mágico es signo de patología. Vale la pena detenernos un poco en un tema tan delicado.

Los delirios de los psicóticos clínicos están elaborados con material metafórico, pero son vividos de manera literal. El delirio se instala en forma individual y no se comparte de manera colectiva, como el mito. Quien sucumbe a los delirios es presa de una enfermedad con su propio pensamiento. La enfermedad mental se adapta y se reinventa según los discursos de su época y su entorno, se pueden construir delirios aparentemente poéticos para quien los escucha, si no fuera porque están tejidos con los hilos de las emociones de quien los sufre y está paralizado de terror. Los delirios son metáforas no rotuladas como tales por quien las padece, no son producto de la creatividad; la creatividad es otra cosa. Para el que delira no existe la otredad y, mucho menos, el ser social. Para Foucault, los habitantes de las grandes ciudades de finales del siglo XX y principios del XXI estamos más expuestos a la condición alienante en términos de aislamiento e incomunicación. El pensamiento positivista nos alejó de los demonios medievales con todo y sus gárgolas persecutorias, pero nos inclinó peligrosamente hacia saberlo todo.

Wilfred Bion incorporó la categoría *certeza* a un psiquismo rígido que no da



pie a la transformación por la experiencia emocional. Las ideas míticas son delirantes si sostienen saberes irrevocables. Lo delirante se mezcla con lo aparentemente poético, con el esnobismo *new age* tan bien aprovechado por las estrategias del mercado. Nuestros pacientes, profesionistas educados, se persignan en los aviones, entierran cuchillos en su jardín para que no llueva, conservan amuletos especiales en sus mesas de noche, veneran imágenes, utilizan prendas especiales para ocasiones celebratorias. ¿Están todos locos? Todos lo hacemos, esto o aquello, cada quien con sus manías y sus particularidades, con sus dosis de absurdo. ¿Estamos todos locos? Lo estamos si la certeza y la rigidez acompañan esas acciones, no lo estamos si se trata de un juego, una ilusión de religiosidad, añoranza por el pensamiento mítico perdido, pero el analista tiene que ser lo suficientemente flexible para distinguir. Y está también lo mítico conservado con afecto, lo que nos transmitieron con devoción nuestros padres y abuelos, nuestras tradiciones que nos acompañan como objetos transicionales. Conservamos con cariño y hasta con devoción rezos, medallas y santitos porque son regalos de nuestra educación sentimental, y nuestra vida psíquica posee esa riqueza significativa que da lugar, de manera natural, a la expresión estética.

Los analistas no estamos a salvo de las certezas psicóticas. El concepto *su-jeto-supuesto-saber* que formuló Lacan, como una actitud del analista, obstaculiza el flujo de la pulsión y el pensamiento. ¿No es un delirio creer que lo sé todo y que sólo yo tengo la razón? La poeta Emily Dickinson, en su libro *¿Quién mora en estas oscuridades?*, dice con respecto a un poema escrito por ella: "Algunos seres aquí vuelan, pájaros, instantes, abejorros, no pertenecen a este poema. Al-

gunas cosas que permanecen aquí, aflicciones, colinas, eternidad, tampoco son mías. Y otros que, arraigados, ascienden. ¿Puedo entender al cielo? ¡Qué inescrutable yace el enigma!".

Las bondades de la armonía de las funciones yoicas no deben competir, así lo pienso desde una perspectiva actual, con el valioso caos polisémico del Inconsciente que se manifiesta en metáforas y metonimias, que construye arquetipos, rompe pautas, desobedece esquemas y crea, todo el tiempo crea, construye nuevas sintaxis y nuevas representaciones, como si fueran flores que nacen espontáneas en el árbol callado de los pensamientos o en el ruidoso despliegue de los actos. El inconsciente es el territorio del enigma.

Animales demasiado civilizados, acudimos al consultorio del psicoanalista, no lo sabemos, por un poco de poesía. Pero intuimos que algo ajeno al entendimiento racional, algo diferente al conocimiento intelectual nos puede ser revelado en ese espacio en donde mi palabra puede ser verdaderamente escuchada. En el ajeteo mundano de la realidad externa, hago una parada en este lugar, el consultorio, en donde el tiempo transcurre a otro ritmo. Aquí puedo abordar con confianza los mitos que me habitan, los ritos que ejecuto, los sueños que persigo, las ideas delirantes que me tienen atrapada. Como analista, tengo una labor excepcional, ajena a los resultados concretos, muy distante del éxito, imposible de ser explicada por las neurociencias.

Soy heredera del pensamiento científico positivista que tomó de la Ilustración el modelo para la educación de las generaciones nuevas y por venir. Lo tengo todo, pero necesito poesía. Como en el mito de Ícaro, mis alas se derriten por haber querido volar demasiado alto, mi



hábitat se destruye, yo lo destruyo. Pero los tiempos actuales nos piden una recuperación de lo sagrado y de lo trascendente, ya no a través de la religión sino a través de la mirada poética del mundo. Los mitos de mis ancestros no me sirven para ser parte de una tradición. Necesito nuevos mitos, nuevas cosmogonías, nuevas creencias. Me gustaría poder usar la mitología mesoamericana, esa milenaria tradición de cultivadores de maíz que me precedieron, esos "brotes de las milpas". Pero no puedo creer en ellos. Me queda, sin embargo, ese espacio transicional donde cada palabra y cada gesto es un signo, una huella, un eco de algo diferente que está, pero no está, que es,

pero deja de serlo en el momento mismo en que se manifiesta. No puedo creer en los mitos de mis ancestros. Pero puedo conectar emocionalmente con ellos. Puedo asistir a ellos como se asiste a un poema, y salir de la experiencia trastocada. Como psicoanalista puedo optar por el enigma y habitar un lenguaje cifrado que es sorpresivo y revelador para el que lo pronuncia y para el que lo recibe. Sin esta incertidumbre fundamental, sin esta escucha poética que atiende a cada palabra como un elemento sagrado y trascendente, la clínica, este oficio, se convertiría en un ejercicio vacío, un atajo seguro hacia el delirio.